
Reading I, IS 61:1-2A, 10-11

The spirit of the Lord GOD is upon me,
because the LORD has anointed me;
he has sent me to bring glad tidings to the poor,
to heal the brokenhearted,
to proclaim liberty to the captives
and release to the prisoners,
to announce a year of favor from the LORD
and a day of vindication by our God.

I rejoice heartily in the LORD,
in my God is the joy of my soul;
for he has clothed me with a robe of salvation
and wrapped me in a mantle of justice,
like a bridegroom adorned with a diadem,
like a bride bedecked with her jewels.
As the earth brings forth its plants,
and a garden makes its growth spring up,
so will the Lord GOD make justice and praise
spring up before all the nations.

Responsorial Psalm
Luke 1:46-48, 49-50, 53-54
R. (Is 61:10b) My soul rejoices in my God

My soul proclaims the greatness of the Lord;
my spirit rejoices in God my Savior,
for he has looked upon his lowly servant.
From this day all generations will call me
blessed:
R. My soul rejoices in my God.

The Almighty has done great things for me,
and holy is his Name.
He has mercy on those who fear him
in every generation.
R. My soul rejoices in my God.

He has filled the hungry with good things,
and the rich he has sent away empty.
He has come to the help of his servant Israel
for he has remembered his promise of
mercy,
R. My soul rejoices in my God.

Reading II, 1 THES 5:16-24

Rejoice always. Pray without ceasing.
In all circumstances give thanks,
for this is the will of God for you in Christ Jesus.
Do not quench the Spirit.
Do not despise prophetic utterances.
Test everything; retain what is good.
Refrain from every kind of evil.

May the God of peace make you perfectly holy
and may you entirely, spirit, soul, and body,
be preserved blameless for the coming of our Lord Jesus Christ.
The one who calls you is faithful,
and he will also accomplish it.

Gospel, JN 1:6-8, 19-28

A man named John was sent from God. He came for testimony, to testify to the light, so that all might believe through him. He was not the light, but came to testify to the light.

And this is the testimony of John.

When the Jews from Jerusalem sent priests and Levites to him to ask him, "Who are you?" He admitted and did not deny it, but admitted, "I am not the Christ." So they asked him, "What are you then? Are you Elijah?" And he said, "I am not." "Are you the Prophet?" He answered, "No." So they said to him, "Who are you, so we can give an answer to those who sent us? What do you have to say for yourself?" He said: "I am the voice of one crying out in the desert, 'make straight the way of the Lord,'" as Isaiah the prophet said." Some Pharisees were also sent. They asked him, "Why then do you baptize if you are not the Christ or Elijah or the Prophet?" John answered them, "I baptize with water; but there is one among you whom you do not recognize, the one who is coming after me, whose sandal strap I am not worthy to untie." This happened in Bethany across the Jordan, where John was baptizing.

Primera lectura, Is 61, 1-2. 10-11

El espíritu del Señor está sobre mí,
porque me ha ungido
y me ha enviado para anunciar la buena nueva a
los pobres,
a curar a los de corazón quebrantado,
a proclamar el perdón a los cautivos,
la libertad a los prisioneros,
y a pregonar el año de gracia del Señor.

Me alegro en el Señor con toda el alma
y me lleno de júbilo en mi Dios,
porque me revistió con vestiduras de salvación
y me cubrió con un manto de justicia,
como el novio que se pone la corona,
como la novia que se adorna con sus joyas.

Así como la tierra echa sus brotes
y el jardín hace germinar lo sembrado en él,
así el Señor hará brotar la justicia
y la alabanza ante todas las naciones.

Salmo Responsorial

Lc 1, 46-48. 49-50. 53-54

R. (Is 61, 10b) Mi espíritu se alegra en Dios, mi salvador.

Mi alma glorifica al Señor
y mi espíritu se llena de júbilo en Dios, mi
salvador,
porque puso los ojos en la humildad de su esclava.
R. Mi espíritu se alegra en Dios, mi salvador.

Desde ahora me llamarán dichosa todas las
generaciones,
porque ha hecho en mí grandes cosas
el que todo lo puede.
Santo es su nombre y su misericordia llega,
de generación en generación, a los que lo temen.
R. Mi espíritu se alegra en Dios, mi salvador.

A los hambrientos los colmó de bienes
y a los ricos los despidió sin nada.
Acordándose de su misericordia,
vino en ayuda de Israel, su siervo.
R. Mi espíritu se alegra en Dios, mi salvador.

Segunda lectura, 1 Ts 5, 16-24

Hermanos: Vivan siempre alegres, oren sin cesar, den gracias en toda ocasión, pues esto es lo que Dios quiere de ustedes en Cristo Jesús. No impidan la acción del Espíritu Santo, ni desprecien el don de profecía; pero sométanlo todo a prueba y quédense con lo bueno. Absténganse de toda clase de mal. Que el Dios de la paz los santifique a ustedes en todo y que todo su ser, espíritu, alma y cuerpo, se conserve irreprochable hasta la llegada de nuestro Señor Jesucristo. El que los ha llamado es fiel y cumplirá su promesa.

Evangelio, Jn 1, 6-8. 19-28

Hubo un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan. Éste vino como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. Él no era la luz, sino testigo de la luz.

Éste es el testimonio que dio Juan el Bautista, cuando los judíos enviaron desde Jerusalén a unos sacerdotes y levitas para preguntarle: “¿Quién eres tú?” Él reconoció y no negó quién era. Él afirmó: “Yo no soy el Mesías”. De nuevo le preguntaron: “¿Quién eres, pues? ¿Eres Elías?” Él les respondió: “No lo soy”. “¿Eres el profeta?” Respondió: “No”. Le dijeron: “Entonces dínos quién eres, para poder llevar una respuesta a los que nos enviaron. ¿Qué dices de ti mismo?” Juan les contestó: “Yo soy la voz que grita en el desierto: ‘Enderecen el camino del Señor’, como anunció el profeta Isaías”.

Los enviados, que pertenecían a la secta de los fariseos, le preguntaron: “Entonces ¿por qué bautizas, si no eres el Mesías, ni Elías, ni el profeta?” Juan les respondió: “Yo bautizo con agua, pero en medio de ustedes hay uno, al que ustedes no conocen, alguien que viene detrás de mí, a quien yo no soy digno de desatarle las correas de sus sandalias”.

Esto sucedió en Betania, en la otra orilla del Jordán, donde Juan bautizaba.